

El Mocoso

Cortados #1



César Casanova López

EL MOCOSO

(CORTADOS #1)



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com>

<http://cortados.hostei.com/>

Ver. 20091029

© 2009 César Casanova López



El Mocosso por César Casanova López está liberado bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 2.5 España. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/>

Escrito el 2 de Mayo de 2009 con OpenOffice.org

KUBARK COUNTERINTELLIGENCE INTERROGATION:

Prior Headquarters approval at the KUDOVE level must be obtained for the interrogation of any source against his will and under any of the following circumstances:

1. If bodily harm is to be inflicted.
2. If medical, chemical, or electrical methods or materials are to be used to induce acquiescence.
3. [approx. 3 lines deleted]

Las putas gotas de lluvia no paraban de golpear en la ventana. El sonido era como el de las palomitas en el microondas. Y después, el puto chirrido metálico de los cercanías comenzó a ser constante. El ruido de los coches y los pitidos acabaron de despertarme. Era aquella hora de la mañana en la que los soplapollas de chaqueta y corbata se apresuran para llegar puntuales a sus quehaceres diarios, rutinarios e insustanciales. Demasiado temprano para mí. Sin embargo, aquel treinta y uno de Enero era nuestro aniversario. Dos putos años con el mismo chochito; todo un récord para mí. Pero es que la Jenny hacía que aquella pequeña condena mereciese la pena. Esa chica tiene las tetas más grandes y perfectas que jamás haya mamado. Así que, después de dos años conmigo, se merecía una sorpresa. Y lo tenía todo planeado. Aún medio sopa en la cama, empecé a darle vueltas a los detalles. Cuanto más pensaba en ello, más me apetecía ponerme manos a la obra. Así que me tiré de la piltra, me zampé unos *Cheerios* con lechecita fresca para cargar bien la pluma, pillé los botes y me lancé a la puta calle.

Seguía lloviendo y la tribu de la corbata tenía colapsada la puta carretera que cruza mi barrio. Me calé la capucha, esquivé como pude los putos bugas y llegué junto al muro de ladrillo rojo. Busqué aquel lugar en el que no quedan ya cristales rotos. Tomé carrerilla y de un salto logré agarrarme al desgastado filo de la tapia. Los botes tintineaban en la mochila que colgaba a mis espaldas. Me impulsé con los brazos y pataleé con los pinreles hasta que logré cabalgar la muralla. Me descolgué por el otro lado y me dejé caer sobre el barro y la mierda que se acumula allí. Chapoteé sobre los charcos de lodo hasta la alambrada. Allí, busqué la parte cortada, la levanté y pasé a gachas. Tuve que esperar a que se largasen dos cercanías que circulaban en sentidos opuestos, crucé las vías y llegué por fin al muro de hormigón. Y sonreí, siempre lo hago cuando veo el muro. Tío, aquel paredón es una verdadera obra de arte. El lienzo de toda una generación de artistas del barrio. Una creación con vida propia que evoluciona continuamente. Allí no pintan pringaos ni amateurs, allí sólo ves grafitis de calidad. Eché un vistazo a los nuevos diseños mientras caminaba hacia mi trozo de muro, mi espacio personal. Una vez allí, dejé la mochila en el suelo y miré a izquierda y a derecha como antes de cruzar una avenida peligrosa; hay que hacerlo, aunque jamás vi a ningún segurata por allí. Pillé un bote blanco, pues tenía que cubrir mi anterior trabajo, que ya estaba viejo y anticuado. Me puse el mp3 y le di con ganas al spray.

Graffiti decorations, under a sky of dust

A constant wave of tension, on top of broken trust

The lessons that you taught me, I learn were never true

Now I find myself in question

Guilty by association...

Llevaba un par de horas pintando cuando me entró la gusa; pero no faltaba mucho para terminar. Sí, sí, joder, me quedó de puta madre. A Jenny le iba a encantar. Le flipaban los botes casi tanto como a mí. Nos conocimos en una quedada de grafiteros, en pleno centro y con guripa por todos lados. Ella no pintaba, pero la ponía mazo ver bailar los sprays. Fue un día como hoy, ¡hace ya dos putos años! Esa noche me folló en los asientos de un vagón de metro sucio y apestoso como si llevase toda la vida esperando

aquel momento. Esa noche me quedé pillao, enchochao como un puto mocoso. Pero siempre me lo he perdonado, por que mi Jenny era mi Jenny... y tenía las tetas más grandes y perfectas que jamás hubiese mamado.

Llevaba un par de horas pintando, pero merecería la pena. A Jenny le iba a encantar. Este menda, después de echar un polvo, solía fumar un pito o me ponía a roncar o cualquier otra cosa. Pero ella no fallaba; siempre, siempre, después de follar sacaba el perolo por la ventana de mi cuarto y se quedaba mirando las pintadas del paredón de la vía. Mi Jenny, dulcemente amodorrada aún por el sexo, saboreaba el aire fresco y húmedo de la calle mientras admiraba el mejor arte urbano de todo el puto barrio. Le molaban mazo mis grafitis, y *my space* en el muro queda justo enfrente de la ventana de mi cuarto. En eso consistía mi sorpresa y mi regalo. Después del polvo más rico que le hubiese echado nunca, se asomaría a la ventana y se encontraría con mi dedicatoria.

Y terminé. *Nice...* Volví a guardar los botes que aún quedaban vivos en la mochila, me la eché a los hombros y me piré a jamar. El tráfico ya cesaba y pude cruzar sin prisas el puto asfalto. Entré en el portal oscuro y tardé unos segundos en distinguir la geta pálida de mi vieja, que bajaba tiritando las escaleras.

- ¡¿Ya te abres?! -la grité, como si fuese sorda, o tonta.

- Shiiii... -contestó ella, sibilante. Me pregunté si sabría quién era yo, o si respondía de manera automática. Un maldito zombi. Mi madre no era ya más que una maldita sombra. Un espíritu arrastrándose en el limbo, esperando al día en el que por fin lo liberasen de aquel tortuoso encierro, esperando a morir *de verdad*, a quemarse en el infierno y desaparecer para siempre... Yo creía que vería aquel día, pero me equivocaba.

Freí unos huevos y unas *McCain* en aceite requemado, lo bañé todo de ketchup y me senté a papear frente a la tele. Poco después de chupetear el plato vacío, me quedé sobao en el sofá. Cuando me desperté un buen rato después, me acordé de mi cojonudo grafiti. Tenía que comprobar si se veía tan cojonudamente desde allí. Corrí a mi cuarto, me puse de rodillas sobre el colchón chirriante y saqué la bola por la ventana. Había parado de llover y salía el sol. El aire se respiraba fresco, aún con el incesante tráfico de los que volvían al curro después de comer. A esa hora los trenes no pasaban tan a menudo y podía observar el muro sin interrupciones. Joder, realmente me había quedado cojonudo. Era lo mejor que había en toda la puta pared. Cuando lo viera la Jenny se pondría tan cachonda que me echaría un doble kiki *de luxe*. Empecé a imaginar mis manos acariciando aquellas tiernas y cálidas tetas rosadas, casi podía sentir aquellos pezones duros y sabrosos dentro de mi boca... Cuando un tocapelotas me cortó el rollo, interponiéndose entre el menda y su obra de arte. Era un tipo alto, chaqueta de cuero desgastada, pantalones vaqueros negros y botas de motero. Un maldito abuelo de unos treinta tacos. ¿Qué coño hacía ese pimpín en las vías? ¿De dónde había salido? ¿Por qué coño se paraba justamente allí, en mi espacio personal? Al principio pensé que estaba admirando la pintura. Era lógico, me había quedado de puta madre. Pero entonces, el hijo de la gran puta se sacó un mini bote de la chupa y empezó a pintar encima. Yo es que flipé, no podía creerlo. ¡Ese gamba estaba jodiendo mi *masterpiece*! ¡Ese mierda estaba pidiendo a gritos que lo cosiera a navajazos...!

- ¡¿Pero qué hostias haces tú, puto cabrón de los cojones?! ¡Eh! ¡Eeh! -grité a todo pulmón, asomando medio cuerpo por la ventana. Pero en ese preciso momento, un tren de mercancías pasaba rechinando sobre los raíles, y mi voz se perdió casi al instante de abandonar mi garganta. La figura oscura desapareció tras la interminable columna de contenedores de acero, pero yo no estaba dispuesto a dejarlo escapar. Salté de la cama y saqué la cheira del cajón de la mesilla. Me la metí en el bolsillo los pantacas y salí corriendo escaleras abajo, hacia la calle. Escuché un par de pitadas a mis espaldas cuando crucé a toda hostia la carretera. Trepé el muro más rápido que nunca y franqueé la reja metálica casi como si no existiese. Estaba tan cabreado que no vi un cercanías que casi me hace papilla. Sentí que el silbato me perforaba los sesos y, justo en el último instante, pegué un brinco hacia atrás para apartarme de su camino. Casi caigo de culo y

tuve que esperar diez interminables segundos a que pasase el tren de los cojones. Para entonces, el pibe ya no estaba. Crucé las vías, corrí sobre la graba y los pedruscos de granito hasta llegar al muro. Hijo de puta... Ese maldito cabrón me jodió el corazón. Ese pedazo de mierda putrefacta había pintarrajeado un puto garabato justo encima. Mi corazón tridimensional de ocho mil matices de rojo... violado por una vulgar eyaculación de spray blanco mate. Hijo de puta, maldito cabrón...

Transcurrieron un par de minutos hasta que volví a parpadear y logré apartar la vista de mi obra masacrada. Miré a la derecha. Hacia allí los raíles se extendían en línea recta al menos cinco kilómetros. Mire hacia la izquierda. A unos cien metros comenzaban los túneles, pozos oscuros como charcos de aceite. Por allí... Sin apartar la vista de las tinieblas, intentando discernir la negra silueta que acababa de vomitar sobre mi creación, metí la mano en el bolsillo de los vaqueros y saqué la navaja. La apreté con fuerza en el puño y empecé a correr hacia los subterráneos.

Pronto dejé atrás la pálida luz del Sol. El sudor que surcaba mi frente quedó helado al instante por el fuerte viento que soplaba frío y fétido desde el interior de la galería. El esfuerzo de la carrera, el eco ensordecedor de los trenes que pasaban a mi lado, la oscuridad, la puta escoria que malvive allí tirada en cajas de cartón, aquellos ojos que espiaban desde las sombras, brillantes por el vino, brillantes como los ojos de las ratas... Me sentía extraño. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Iba a solucionar algo si lograba pinchar a ese cabrón de mierda? Primero tenía que alcanzarlo. Seguí trotando hasta encontrar el corredor que me llevó al exterior. El final del túnel lucía frente a mí cuando dejé de correr, exhausto, y continué arrastrándome sobre la basura y los pedrolos con bastante dificultad. Las piernas me temblaban, me ardían los pulmones y el corazón estaba a punto de estallarme en el pecho. Últimamente había fumado demasiada mierda, y el único ejercicio que hacía era follar con Jenny. Pero es que últimamente tenía que competir con demasiados camellos, había comprado mucho costo y apenas pasaba suficiente para pagar los botes de spray. Respiré hondo aquel pestazo a meados y vino rancio hasta que logré calmar en parte mi corazón. Estaba ya decidido a abandonar aquella estúpida persecución cuando, por castigo del destino, me encontré con el tipo. Cruzaba el muro de ladrillo por el agujero que da al *mercado*, el parque donde los yonquis pillan y se chutan su caballo. Ahora que estaba más calmado, pensé que lo de rajarle las tripas al pibe... bueno, quizá era una gilipollez. Pero tampoco era plan de volverse a casa y olvidar el asunto así como así. Decidí seguirlo a cierta distancia. Dejamos las vías y tomamos el sendero embarrado. Saltamos la verja rota. Caminamos sobre la tierra mojada, sobre latas de cerveza aplastadas, sobre bolsas y envases del *McDonalds*, sobre trozos de papel de aluminio chamuscado, entre los arboles podridos y la progresiva y gélida oscuridad de finales de Enero. Caminamos hasta alcanzar el paseo principal. Un camino de asfalto agrietado, bordeado de farolas rotas y bancos de hormigón manchados de hollín, de pintura y de mierda, deshechos por el vandalismo y el olvido. Parecíamos ser los únicos allí, solos él y yo en aquel asqueroso lugar. En invierno, los *picotas* suelen ir al otro lado del parque, junto al cementerio, donde pueden resguardarse mejor del aire frío. El tipo de la chupa de cuero pateaba cada vez más despacio, así que me mantuve a una buena distancia. No era necesario que me viese. Definitivamente, había cambiado de opinión. Ya no quería enfrentarme con ese mierda. Aquel frío me quitaba las ganas hasta de follar. Sólo estaba algo intrigado. Aquello era muy extraño. ¿Qué hacía allí? ¿Era un camello? Sólo estaba algo intrigado. O quizá buscaba una excusa que me exculpase de ser un cobarde, que me exculpase de hacer el gilipollas con todo eso de la persecución. En realidad, lo que más me apetecía era irme a casa y ver la tele, calentito bajo una buena manta. Por fin, el tipo se paró en medio del paseo. Más nervioso que un gato, salté tras un árbol grueso desde donde le seguía observando. Allí olía mazo a mierda humana descompuesta por la lluvia. Estaba todo empapado y me entró un frío de pelotas, pero permanecí allí quieto, acechando en la oscuridad. El de la chupa de cuero se giró y echo un largo vistazo en rededor. Parecía mosca, y temí durante un instante que me hubiese

visto. Pero después, se encendió un cigarro tranquilamente y sentó su culo en el banco que había junto a él. Durante un minuto no ocurrió nada, salvo que me entraron unas ganas de mear horribles. Afortunadamente, no tardó mucho más en dar la última calada a su cigarro y lanzarlo al otro extremo del paseo. Sentado como estaba, volvió a mirar a su alrededor mientras buscaba otro pito en el interior de la chupa. Esta vez pilló todo el paquete. Jugó con él durante un rato. Yo no podía ver bien sus manos desde mi escondrijo. Terminó sacando un cigarro y echándoselo a los labios. Pero no lo encendió. Durante unos segundos me pareció que se rascaba el culo. Quizá buscaba el mechero en el bolsillo trasero de los vaqueros, pensé entonces. Después comprendí que no era eso. Al final, se levantó, encendió el pitillo, echó un nuevo vistazo al perímetro y reanudó su camino a lo largo de la senda sombría. Yo continué echándole un ojo desde mi escondite hasta que desapareció de mi vista. Ya no pensaba seguirlo, había tenido suficiente. Por esta vez le dejaría vivir, me dije. Además, no me apetecía en absoluto encontrarme con los amigos de mi madre al final del paseo, allá donde el cementerio. Sin embargo, algo me impedía largarme sin más. Decidí fumarme un canuto antes de volver a casa. Me acerqué con desgana hacia el banco que acababa de dejar mi amigo y me despanzurré en él. Miré mi alrededor como había hecho aquel capullo, pero no vi una mierda. ¿Qué coño esperaba encontrar allí? Saqué el costo, arranqué un trocito y me hice un liao. Lo necesitaba... El fuego del mechero calentó mis manos heladas. Lo prendí y aspiré profundamente el aroma del hachís. Me puse cómodo, y disfruté del momento. Al menos huele las flores, me dije. Recostado sobre el duro asiento, mis manos acariciaban la fría y áspera superficie de cemento. Y fue de nuevo el maldito destino el que condujo mi mano hacia aquella brecha. Estaba sentado justo sobre ella. El hormigón se había rajado, abriéndose como una fruta madura y dejando una hendidura en la que cabían mis dedos. Allí encontré el papel. Un papel grueso y fuerte con mil dobleces. ¿Quizá era aquello lo que estaba ocultando el gamba ese, cuando parecía que se rascaba el trasero? ¿Quizá contenía algún tipo de mierda, caballo, o pastillas? Comprobé que no hubiese nadie cerca antes de estudiar mejor el escondite, pero no había nadie, aquel sitio estaba muerto. Al principio no podía distinguirlo, el papel era oscuro y pasaba desapercibido en aquel lugar dentro del cemento. Metí los dedos y lo saqué de allí. Lo desplegué con cuidado, para no derramar el posible contenido de aquel improvisado envoltorio. Pero nada, no había nada. Era sólo una maldita cartulina fina, fabricada de una especie de papel cebolla. Sobre la superficie negra había escritas algunas líneas en tinta blanca. Hacía rato que la noche había caído, y la única luz era la de los rayos de luna que lograban cruzar con éxito las ramas desnudas y enmarañadas de los árboles. Para poder leer el mensaje, tuve que acercarme tanto la hoja que casi la tocaba con la punta helada de mis nupias. Pero nada, no había nada. Era una puta sopa de letras, alguno de esos juegos japoneses de moda. Letras y números colocados al azar, agrupados en palabras de cinco, formando un bloque de basura sin sentido. Desilusionado, dejé esa mierda a un lado y disfruté de las últimas caladas del petardo. Todo era paz y hierba hasta que escuché el arrastrar de unos zapatos por el asfalto húmedo del paseo. Miré a mi izquierda y distinguí la silueta del vampiro. Apenas veía un cojón, pero por los tumbos que daba de un lado al otro del camino, estaba claro que era uno de esos putos *pinchotas*. Una repulsiva marioneta esquelética, manejada por un titiritero borracho. Sólo cuando pasó frente a mí pude distinguir su rostro pálido y consumido por el jaco. Y era mi vieja... El mundo es una puta e inmensa mierda que tienes que tragar cada uno de los putos días de tu puta vida. La dejé pasar, pasar, pasar. Ojalá pasase tanto de largo que llegase al fin del mundo. Y pasé un rato en blanco. Hasta que el peta se consumió.

- ¡Auch! -grité en medio de aquella soledad. La puta brasa del canuto había alcanzado mis dedos. Lancé la colilla tan lejos como pude. Me tumbé sobre el frío hormigón resquebrajado y respiré el aire fresco y húmedo de aquel maldito lugar, uno tan malo como cualquier otro. Me sentía cada vez peor y comprendí que si seguía allí un rato más me congelaría como los putos borrachos. Encendí un pito, pero sin sorpresa ya no

me saben bien. Me volví a sentar bien recto, tenía la espalda helada, joder. Terminé por aburrirme del cigarro y lo arrojé al otro extremo del paseo. Observé durante unos minutos el resplandor rojizo hasta que se consumió por completo. Me disponía a levantarme cuando mi vista alcanzó otro objeto brillante un poco más allá de la colilla. Las nubes negras ocultaban la luna llena en lo alto del cielo. Sin embargo, no me hizo falta más que un vistazo para distinguir las características líneas reflectantes del uniforme de la poli local. Mareado y asqueado, enfermo por el frío y la carrera, aún no estaba acabado. Reaccioné suficientemente rápido, e hice como que no había visto a ese maricón de mierda. Pero allí estaba el cabrón del madero, husmeando en las tinieblas, detrás de los matorrales. Y allí el menda con una navaja y una enorme piedra de hachís encima, joder. Mientras me comía la olla inventando algún plan para deshacerme del material, mis manos encontraron la solución. La raja en el cemento. Con disimulo y apoyado por la complicidad de la noche, logré sacar de mis bolsillos el material y llevarlo a la grieta. Por supuesto, la intención era recuperar mi mierda al día siguiente, por lo que debía esconderla bien si quería evitar que algún capullo se la encontrase allí por casualidad. Con la mano insensible por el frío, embuté mi inversión todo lo profundamente que pude en aquel escondite improvisado. Temí entonces que el brillo de la navaja cromada pudiese llamar la atención aún allí dentro. Entonces recordé la estúpida cartulina negra. Si la ponía encima, nadie podría ver mis cosas. Con la habilidad de un nigromante y con la mirada perdida en el cielo iluminado apenas por la Luna, mis manos plegaron de nuevo la hoja y la metieron en la grieta. Jodido pitufo de los huevos. ¿Qué coño hacía allí escondido? ¿Acaso no tenía putas a las que extorsionar aquella maldita noche? Pero qué importaba ya. Estaba limpio y podía largarme de una puta vez a mi puta casa. Levanté mi culo insensible por el frío y recorrí el paseo tan sosegadamente como mis nervios me lo permitieron. Alcancé a mi madre en la pasarela metálica que cruza las vías del tren, al final del parque. Marchaba tan penosamente, apenas guardando el equilibrio lo suficiente para mantenerse en pie, que nadie hubiese podido creer que llegaría lejos. Sin embargo, el caballo parece mantener a sus víctimas tensas como putos alambres. Les miras a la cara y piensas que mañana estarán muertos. Pero no, siguen ahí, como robots, como plantas de interior, como una colonia de bacterias. Acompañé a mi vieja a keli y preparé la cena. Jenny llegó del supermercado un rato después. Últimamente pringaba horas extras.

- Joder cari, ahora no me apetece -me dijo, y dejé de masajearle las tetas-. Hazme un peta, porfa.

- Es nuestro aniversario, mi amor... -protesté. En parte la comprendía, iba al cole por la mañana y después a currar en aquel supermercado de barrio infestado de marujas y cucarachas. Finalmente, me resigné y salté de la cama para rebuscar en el cajón de la ropa interior, hasta encontrar mi china de reserva. No me gustaba dejar nada demasiado interesante en casa, porque mi madre tenía un instinto especial para las drogas. No es que se fuese a fumar mi material, pero no sería la primera vez que vendía algo de mi propiedad para comprar caballo. La resina estaba mazo dura, pero después de todo no resultó un mal porro. Nos lo fumamos a pachas, apagamos el chiringuito y nos fuimos al sobre. Vaya puto día, pensé entonces. Y me alegré de que terminase, incluso sin polvo de buenas noches.

Me desperté y la Jenny me estaba chupando la polla. ¿Hay mejor manera de saludar al nuevo día? Después le comí su golosina, y qué ganas tenía. Follamos durante una deliciosa hora. Y cuando por fin conseguí que se corriese, me quedé echado en la cama, empapado en sudor y con el corazón palpitando a mil por hora. Ella se puso de rodillas sobre la cama y los muelles chirriaron un poco más. Abrió la ventana y el aire frío invadió la habitación.

- ¡Ey! ¡Cari! -dijo en tono agudo y meloso- ¡Un corazón! ¡Me has pintado un corazón, con mi nombre y la fecha!

- Ah, sí... ¿Te gusta? -No me apetecía hablar, la verdad. Solo quería dormirme en aquella cama calentita e impregnada con el olor del sexo. Pero ella insistió.

- ¡Síííí! ¡Mola mazo! -Bueno, al menos iba a follar otra vez, me dije- ¿Y ese *kanji*?
- ¿Lo qué?
- Sí, el símbolo japonés ese, en blanco...
- Ah, eso... -¿Así que era eso? A ella se le daban bien esas gilipolleces japonesas...
- Queda un poco... raro. Parece que no pega...
- Lo sé, amor. Yo...

- *Ichi basho*... Es "*lugar uno*" en japonés... -se volvió hacia mí, sonriente, y me dijo- ¿Es que soy la *número uno* en tu corazón, cari?

- Claro, mi amor -la contesté-. Tu eres la número uno, y siempre lo serás para mí.

- Joder... -se sentó a horcajadas sobre mí, me miró fijamente durante un rato y, al fin, me dijo:- Te amo, cari... Te quiero mazo...

Me empezó a dar picos y terminó mordéndome los labios. Frotaba su pelvis contra la mía. Yo agarraba sus caderas, y sus tetas, y su culo, y sus muslos. Su piel era tan suave, estaba tan caliente... Me puse a mil. Ella apretaba su almeja contra mí bolo, hasta que volvió a crecer y se me puso dura como una piedra. Ella se movía encima, empujaba con fuerza, apretaba sus muslos contra mi cuerpo hasta que logró que penetrase en ella. Entonces comenzó a mover su cadera arriba y abajo, y en círculos. Yo arqueé mi espalda, empujé también con todas mis fuerzas. Nuestras bocas se unieron y no se separaron la una de la otra, al igual que nuestros cuerpos. Y fue mi mejor polvo... Y fue el último.

Cuando Jenny se marchó, volví a dormirme. Me desperté hambriento. Hacía sol y todo era perfecto. Había ciertos asuntos que resolver y tenía ganas de ponerme manos a la obra cuanto antes. Es increíble lo que puede hacer un buen polvo. Primero iría al *mercado*, a recuperar la cheira y mi hachís. Después arreglaría el grafiti, y si me cruzaba con el hijo puta de la cazadora, por Dios que se llevaría una puñalada. Por la tarde iría al insti a pasar chinas. Estaba seguro de que aquel era mi día. Vendería todo lo que no había vendido las últimas semanas. Era imposible tener dos putos días chungos seguidos. Ahora me tocaba tener suerte. Cogí la mochila y bajé las escaleras de dos en dos. En el parque no se veía a nadie. Llegué al sendero y después al asiento de hormigón. Mi mercancía seguía en aquella brecha, donde la había dejado. La resina estaba pegajosa. La humedad había penetrado en la bolsita de plástico. Pero eso tenía arreglo, y era toda mía de nuevo. Me la guardé en los pantacas y corrí hacia las vías, hacia el paredón. Cuando llegué allí, dejé la mochila en el suelo, saqué un bote y comencé a reparar el destrozo. Aún no entiendo cómo mierdas se pudo acercar tanto a mí sin que me diese cuenta. Pero cuando terminé de borrar el maldito garabato japonés de mi corazón, aquel cabrón ya llevaba un rato a mis espaldas.

- Eh, tú, mocoso... -dijo con voz áspera, como la de un fumador empedernido.

Cuando me volví, vi a un madero de la local, chato y con un mostacho enorme. Llevaba la gorra calada hasta las orejas y unas enormes gafas de espejo. Por lo demás, era como el resto de maderos. Me iba a cachear, lo sabía, y no podía permitirlo. Lancé un chorro de spray a su cara de cerdo y salí echando hostias hacia los túneles. Pensé que ese gordo de mierda jamás me alcanzaría. Corrí por los lóbregos pasadizos sin mirar atrás, cruzando de uno a otro, escabulléndome por estrechos corredores para perderlo de vista. Sin embargo, no dejé de escuchar sus pisadas sobre la graba, siempre demasiado cerca, y cada vez más cerca. Quizá no estaba tan gordo... El túnel era estrecho y a mis espaldas atronó el claxon de un tren de mercancías. Sabía que tendría espacio suficiente, pero el instinto me obligó pararme y mirar atrás. Fue entonces cuando me alcanzó y me golpeó en toda la mocha con la culata del revolver.

*

- ¡No sé de que me hablas, tronco, te lo juro! -le repito. Me tiene atado de pies y manos a una silla metálica. Me desperté en la maldita silla de esta manera, con la sien palpitando por la hostia. Es un cuarto estrecho y oscuro. La única luz llega del foco que el

madero ha colocado frente a mi jeta. No para de gritarme, pero yo sólo escucho los trenes que se acercan y se alejan. Debemos de estar en algún recoveco perdido de las galerías, en algún tipo de cobertizo subterráneo para los del mantenimiento de las vías. El tipo me pregunta una y otra vez sobre cosas que no comprendo. Estoy empezando a dudar de que sea poli. Le he contado toda la historia dos veces ya, y el cabrón no escucha una palabra de lo que le digo. Las bridas de plástico con las que me tiene amarrado se me clavan en la piel y me cortan la circulación. Quiero irme de aquí, me estoy meando vivo.- ¡Necesito mear, tío! ¡Esto es ilegal!

- No me gusta que jueguen conmigo... -me dice ahora con voz queda- Si no colaboras, pequeño saco de mierda, daremos por acabado el contacto y procederemos a la limpieza, ¿me entiendes? El mensaje de ayer es una puta mierda, como lo era el anterior. He perdido a dos compañeros en la embajada turca y el KUDESK está a punto de cortarme los cojones. Los datos eran imprecisos... mucho peor que imprecisos. Y me importa una mierda si tú eres únicamente su mensajero, ¿me entiendes? Debemos aclarar este *malentendido*. Si no colaboras te voy a cortar las pelotas -me dice, haciendo brillar un enorme cuchillo de carnicero. No me había fijado antes en sus enormes manos de gorila. Es una hoja puntiaguda, mellada y corroída. La mueve frente a mis ojos, y yo los cierro, los cierro tan fuerte como puedo. Pero noto eso en mis tripas, y no soy capaz de aguarlo más ahí dentro, no aguanto más. Me tiemblan las piernas, las junto con todas mis fuerzas y dejo de respirar. Pero se me escapa. Se me escapa y siento el calor y la humedad. Y entonces se escapa aún con más fuerza. Y empiezo a lloriquear.

- ¡Te juro... te juro que yo no... yo no dejé ese papel allí! ¡El de la chupa... fue el de la chupa! ¡Yo sólo escondí mi costo! Pero... pero ahora es tuyo, tío... todo para ti, lo tengo en el bolsillo... ¿Para... para qué os iba a colocar yo esa... esa cosa? No trabajo para nadie... Vendo mi... mierda... vendo mi mierda yo sólo, joder...

- ¿Sabes? Tienes razón -me dice con cara de asco, tras apartar la vista de mis vaqueros mojados-. No creo que haya nadie tan estúpido en este negocio. Los que nos han jodido jamás utilizarían a un mocoso como tú... -Su tono ha cambiado. Ya no es amenazante, es... parece incluso compasivo. Por un segundo veo la luz. Quizá salga de esta, quizá...- No obstante -continúa tranquilamente-, debo deshacerme de ti, ¿comprendes? Tenemos que dejar esto limpio y desaparecer cuanto antes. De modo que... lo siento, mocoso... -me dice, y desaparece a mis espaldas. No pienso en nada. No siento nada. Tengo los miembros dormidos y mi alma congelada. Y entonces siento su poderosa manaza que me empuja la frente hacia atrás, mi cuello está tan tenso que soy incapaz de gritar. La luz del foco me ciega por completo. No escucho otra cosa que el latido de mi corazón sobre el ruido sordo de un tren que llega. Entonces siento el frío acero sobre mi piel. El mellado filo del cuchillo se desliza rápidamente sobre mi garganta. Sangre. Mi boca se llena de sangre. La sangre comienza a inundar mi garganta. Intento tragar, pero es demasiada y me ahogo. La sangre llega a mis pulmones y empiezo a toser. Me asfixio, toso y la sangre escapa a borbotones de mi boca y mi nariz. La mano me suelta. El tren se aleja. La luz se aparta de mis ojos cuando mi cabeza cae sobre el pecho. Y veo toda esa sangre sobre mí. No, éste tampoco ha sido un buen día. Pero no importa, porque unos segundos más tarde ya la he palmado...

Fin

César Casanova López
Madrid, 2 de Mayo de 2009